

Eliseo Nuevo

Memorias de un niño de la posguerra

EXTRACTO (fragmentos de capítulos relevantes)

1. La vida en la aldea

Vine al mundo en una aldea perdida en las montañas leonesas, donde los veranos secaban las fuentes y los inviernos se adornaban con capas de nieve de metro y medio de altura.

No existían allí carreteras, coches, frigoríficos, lavadoras, microondas, móviles, ordenadores y aparatos de refrigeración. Pese a ello, no éramos menos felices que hoy día.

Tras salir de la escuela, corríamos por el campo cual potrillos salvajes, buscando nidos de pájaros, gateando por los árboles, bebiendo agua de límpidas fuentes y robando fruta de las huertas vecinas.

Tras pillarnos *in fraganti*, probamos el cinto de un rudo labrador, cuyos contornos se grabaron en nuestras posaderas cual señales indelebles de nuestras fechorías, que nunca olvidaremos.

Desayunábamos un tazón de leche recién hervida con pan migado. Comíamos patatas con carne, fréjoles, repollo u otros productos de la huerta. Merendábamos pan con jamón, chorizo o queso y cenábamos tortilla española.

La leche era natural, de vaca recién ordeñada. El queso se lo debíamos a la "caridad" americana, que se apenó de nuestra terrible posguerra, a cambio de bases aéreas en suelo patrio.

Los huevos, producto de buen trigo y de hortalizas, sabían a gloria, recién quitados del nido, tras el correspondiente cacareo escandaloso de las alborotadas gallinas.

Cada casa realizaba su propia matanza. Chorizos, morcillas y jamones se curaban al amor del humo de la lumbre que se encendía para tal fin.

Los filetes de carne no perdían en la sartén el cincuenta por ciento de agua que actualmente llevan escondido en su interior. Todo era natural, como la vida misma.

Como las patatas que se cultivaban en los campos, sin abonos químicos; como el pan que se cocía en los hornos de las casas, procedente del rubio cereal de nuestros graneros.

Como el agua que se traía de la fuente más próxima, sin cloro; agua cristalina, que manaba de las entrañas de la tierra, mansa, fresca, sabrosa.

Como los muslos de pollo sin colorantes, conservantes ni otros aditivos modernos, pollos de corral, no de granjas-cárceles, donde se alimentan de piensos compuestos en espacios más reducidos que los pisos de treinta metros cuadrados propuestos por nuestra preclara ex ministra, a quien Dios ubique en la gloria en una habitación de dos metros cúbicos para que aprenda a valorar las penurias ajenas.

Como la fruta recién cogida del árbol, sin cámaras ni intermediarios, gratis si el frutal era tuyo, tomada a escondidas si el frutal era del vecino, pero jugosa y apetitosa, oliendo a pura naturaleza, y no a frío de nevera.

Como las verduras y las hortalizas: tomates, pimientos, lechugas, berzas, cebollas, repollo, zanahorias, sandías..., producto de la huerta, abonada con estiércol de cuadra...

3. La escuela: “La letra con sangre entra”

A los seis años cruzábamos los umbrales del recinto escolar y allí permanecíamos hasta los catorce, momento en que comenzaba la edad mínima legal para incorporarse al mundo del trabajo. Sólo unos pocos afortunados proseguían sus estudios en centros urbanos.

La escuela se hallaba ubicada a las afueras de la aldea y tenía por vecinos los campos de siembra y los verdes prados, que alimentaban la cabaña del lugar, amén de un sendero polvoriento, que conducía a las aldeas próximas.

Contaba con un pequeño jardín, único espacio verde en su contorno, que adornaba la entrada al edificio. En él crecían lozanas flores ornamentales, que difundían su aroma por los alrededores.

Recuerdo con especial cariño las margaritas, que aún no asociábamos a su valor simbólico de “Me quiere, no me quiere”, puesto que nuestra corta edad nos predisponía más fácilmente al juego y a las travesuras que a los escarceos amorosos.

Aún mucho más me llamaban la atención los abundantes lirios, que alzaban majestuosos sus tallos en los sencillos parterres, cuyo cuidado se hallaba encomendado a los alumnos mayores, en colaboración con sus padres.

Tampoco desmerecían de sus orgullosos vecinos las rosas, una de las creaciones más llamativas y más bellas del divino Hacedor, que ofrecen su fragancia a los seres humanos, auténtico milagro de la Naturaleza.

En primavera, los prados se vestían de alfombras multicolores, que rivalizaban con las variadas tonalidades de los campos, donde crecían rojas amapolas entre los trigales aún en ciernes.

Los tallos verdes de las hortalizas y las legumbres rompían la monotonía de las huertas y anunciaban el apogeo de la estación primaveral, junto con el derroche de belleza y esplendor que emanaba de los floridos árboles frutales.

Las estaciones restantes resultaban más vulgares, si bien cada una ofrecía sus encantos: el verano, las cosechas y las vacaciones; el otoño, la siembra y la vuelta al colegio; el invierno, las Navidades, los Reyes Magos y la nieve.

En la escuela unitaria convivíamos pequeños y mayores, cada cual con sus tareas y sus problemas, unos aprovechando el tiempo y cumpliendo con su deber, otros alterando el normal discurrir de la clase.

Nos sentábamos en bancos alargados. En cada uno cabían cinco o seis alumnos, dispuestos en dos hileras, una a cada lado del aula.

Detrás de la mesa de la maestra se dibujaba el negro fondo de la pizarra, donde Doña Aquilina escribía textos para copiar, cuentas variadas u otras actividades no siempre motivantes. Había que dar trabajo a grandes y pequeños...

9. Siega, majas, trillas y otras labores campesinas

Las tareas agrícolas resultaban tan complejas en aquellos tiempos, que absorbían mucha mano de obra. Lo que hoy abarcan un tractor y una cosechadora, exigía entonces la colaboración de familias enteras, dedicadas a tales labores durante la mayor parte del año.

Imaginaos la parsimonia de una yunta de vacas arando una finca surco a surco y tirando de un arado de madera con reja de hierro. No es de extrañar el carácter reflexivo que adquirían los labradores.

El tiempo en el campo transcurre lentamente. Da mucho de sí. En la ciudad todo es ajeteo, nervios, estrés. En la aldea reina la calma, la paz, la tranquilidad, incluso la monotonía.

En la ciudad vivimos hacinados en jaulas de cemento, llamadas pisos, sin apenas espacio para respirar, prisioneros del reloj y del consumo. En el campo sobra espacio. Las casas resultan amplias y holgadas. Cuentan con cuadras, gallineros, despensas, paneras, cobertizos y huertas.

Los labradores hablan pausados, filosóficos y sensatos, sacando a relucir su capacidad de observación y su ancestral sabiduría mediante sentencias y refranes.

En la ciudad farfullamos atropellados, nerviosos, a trompicones, perseguidos por el tiempo: "Bueno, te dejo, que tengo prisa". Miramos constantemente el reloj de reojo y nuestros pies y nuestros músculos siempre se hallan en tensión.

En la aldea, hay tiempo para todo. Cada propietario es su propio dueño, su propio amo y señor, y la libertad, su bien máspreciado. Mejor un trozo de pan, ganado con el sudor de la propia frente, en mesas humildes, pero honradas, que ricos manjares en deslumbrantes convites, fruto de la explotación ajena.

Como en todos los puntos cardinales de la Tierra, en la aldea hay gente buena y gente mala, pero los labradores han asimilado lecciones ancestrales: todos se necesitan unos a otros, y al que ayudas hoy, mañana te ayuda a ti.

Hace muchos años, cualquier anciana actuaba como madre delegada con cualquier niño de la aldea. Se las respetaba y obedecía como a las propias progenitoras, entre otras razones, porque de lo contrario las consecuencias resultaban poco halagüeñas: cintazos, tortazos, capones...

Si el maestro te pegaba o te castigaba por mal comportamiento, podía duplicarse la ración si se enteraba tu padre.

Mi madre nunca fue agresiva con nosotros. Si resultaba preciso, nos castigaba, pero no recuerdo que me pusiera la mano encima en mis años latosos, cuando estaba hecho de la piel del diablo.

Mi padre, educado a la vieja usanza, sí sacaba el cinto con relativa frecuencia. Sólo la presencia de un argumento tan convincente, volvía las aguas a su cauce.

Volviendo a las tareas agrícolas: en otoño se sembraba y en verano se recogía la cosecha. Un tiempo especial en la recolección del trigo y del centeno lo constituían la siega, las *majas* y las *trillas*¹.

Se segaba a hoz. Varios miembros de la familia u obreros contratados avanzaban surco a surco, que se hacían eternos, al menos para los más jóvenes. Las hoces resultaban peligrosas y podían llevarse un dedo por delante al menor descuido. A los niños no se les permitía segar...

15. La religión y los oficios divinos

Apenas abandonábamos el lecho y cumplíamos con nuestros elementales deberes higiénicos, nos encaminábamos a la capilla, donde escuchábamos misa. Luego venía la *meditación*, un tiempo dedicado a la reflexión y a la lectura de los Evangelios u otros libros devotos.

Una vez por semana, un cura dirigía una reflexión colectiva disertando sobre un tema religioso concreto, en función de las circunstancias o de la festividad correspondiente. En Navidad, la Sagrada Familia; en Cuaresma, la pasión de Cristo; en Adviento, su resurrección, y así sucesivamente.

¹ Vocablos de la comarca, aunque quizá también de otras.

Ahí es donde se lucía nuestro profesor de Literatura, al que escuchábamos con sacra devoción, porque cualquier tema en su boca se tornaba ameno e interesante.

Nos cautivaba su riqueza de vocabulario, su facilidad de expresión, su proximidad a nuestros intereses, su huida del dramatismo y su naturalidad, frente al tono altisonante de los curas más apasionados o al discurrir monótono del sermón de turno por parte de los más tradicionalistas.

Podría haber alcanzado fama como orador sagrado, pero desechaba la vehemencia y la grandilocuencia de los famosos predicadores del momento. Su porte de cura sensato y tranquilo le restaban méritos para tal cometido.

Hablaba como escribía, pero escribía maravillosamente, lo que viene a confirmar que no es mejor escritor el que utiliza un lenguaje excesivamente técnico, abstruso, reservado a las minorías culturales de su entorno.

Podríamos definir su vocabulario como sencillo, culto, elegante y sobrio. La precisión era su nota dominante. Cual hábil artesano, cuidaba cada detalle, cada expresión, cada recurso literario. Dominaba el lenguaje como nadie y había leído todas las obras clásicas más conocidas, fueran del signo que fueren.

No hubiera desentonado en la Real Academia de la Lengua. Entre los curas, destacaban otros excelentes escritores, a los que todos respetábamos, pero él era sin duda el maestro indiscutible...